



**Juan Sohon**  
**Vida y milagros**  
**Por Pepo Toledo**

# **Juan Sohon Vida y milagros**

**Por Pepo Toledo**

[www.pepotoledo.com](http://www.pepotoledo.com)

16 de abril de 2025

Foto de carátula por Pepo Toledo

Las fotos del libro fueron  
proporcionadas por Ingrid Sohon

## Contenido

Prólogo .....	4
Botas sin alma .....	6
El barrio donde la esperanza se esconde .....	12
La sombra del trago .....	16
Luz entre cartones .....	20
El hombre que no sabía leer .....	26
Predicar sin letras .....	31
El evangelista del pueblo .....	34
Predicando en una iglesia grande .....	39
Evangelista internacional .....	44
Las veces que la muerte pasó de largo .....	52
El siervo fiel.....	56
Epílogo – El eco de una vida.....	59
Nota del autor .....	62
Dedicatoria final .....	63

## Prólogo

No sabe leer. Predica la *Biblia* entera de memoria. No es ficción. No es un truco. No hay nadie dictándole las palabras por un auricular. No hay letra pequeña en su historia. Solo está él, su voz gastada, y una fe que no pide permiso. Se llama Juan Sohón.

Fue alcohólico. Dormía en la calle. Se perdió muchas veces. No se acordaba de su propio nombre. Pero alguien, un día, le habló de Cristo. No fue un milagro con luces y trompetas. Fue una palabra dicha con calma. Una *Biblia*

regalada. Y el resto, como se dice, es historia. O, mejor dicho: es esta historia.

No la escribo para impresionar. La escribo porque creo que merece contarse.

Tal vez alguien la lea con escepticismo.

Tal vez otro la lea con esperanza.

A mí me bastó con conocerlo. Y escucharlo. Hay algo en su mirada que no se puede fingir.

Este libro no tiene adornos. Como la vida de Juan, va al grano. Lo que pasó, pasó. Lo que cambió, cambió.

Él no se da títulos. No se hace llamar “profeta”, ni “apóstol”. Solo dice que es un siervo. Un hombre que Dios rescató del lodo. Y que ahora vive para contar lo que hizo con él.

Esto no es un sermón. Es un testimonio. Y como todo testimonio verdadero, empieza con una caída.

## Botas sin alma

El ejército lo reclutó a la fuerza. Él se resignó. No tenía otra salida. No lo hizo por la patria. Ni por el uniforme. Lo hizo por un plato de comida caliente y una cama donde no lloviera adentro. Tenía apenas dieciocho años (1963). No sabía leer, pero sabía obedecer. Y en el cuartel, eso bastaba.

Lo raparon, le dieron botas, fusil y un número. Dejó de ser Juan. Empezó a ser orden. Gritaban su nombre solo para ordenarle, nunca para preguntarle cómo estaba.

El entrenamiento era duro. Lodo, castigos, marchas interminables. Pero Juan aguantaba. Estaba acostumbrado al dolor.

Servía en San Juan Ostuncalco. Sus superiores dispusieron que había que quitarle el miedo. Lo amarraron de las patas como gallina, colgado de la rama de un árbol de 30 metros. Lo tiraban boca abajo, calculando el largo del lazo para que se estrellara en el suelo.

La guerra interna rugía en el país. Y los soldados rasos como él no preguntaban a quién ni por qué. Solo apuntaban donde les decían.

Vio cosas que no entendía. Otras que no quería entender. A veces, al volver al campamento, se lavaba la cara, aunque no estuviera sucia. No era mugre. Era memoria.

Le enseñaron a disparar, pero no a sanar. Le enseñaron a callar, pero no a pensar. Así pasaron los años: con el fusil al hombro y el alma cada vez más pesada.



Juan Sohón en el ejército.

Trabajó en casa presidencial.  
Cocinó para tres presidentes: Julio César Montenegro, que llegó a la presidencia en 1966. El coronel Carlos Arana Osorio, que asumió en 1970. Y el

general Kjell Eugenio Laugerud García, que ganó las elecciones en 1974.

El coronel Luis Gordillo Martínez, después del golpe el 23 de marzo de 1982, asumió el poder una junta conformada también por Ríos Mont y Horacio Maldonado Schaad. Fue compadre de Juan, padrino de bautismo de Jorge, su hijo. Les tomó mucho cariño. Conociendo su situación, les dijo que cuando tuvieran hambre, fueran su casa en la colonia Santa Fe.



En una ocasión, el presidente Arana viajó a un chalet en la playa en el puerto San José. El carro presidencial, con dos banderas de Guatemala en la parte delantera, ingresó a la población. Los campesinos los saludaban dando vítores y agitando sus machetes. La

ovación la recibieron Juan el cocinero y los guardaespaldas. Arana había viajado en avión.

En los años en que sirvió en ejército, Juan poco a poco se fue volviendo alcohólico. Lo arrestaron una y otra vez. Lo metían en un calabozo.

En una ocasión, en su borrachera disparó al aire. El castigo que le aplicaron fue enterrarlo. Solamente la cabeza salía del suelo. Todos lo pasaban viendo, como si fuese un animal.

Una noche, decidió escapar. Caminó días hasta llegar a su casa. Como resultado, le dieron de baja. Tenía 42 años edad. Perdió su jubilación.

Volvió al mundo civil, sin dirección. Con el cuerpo entero, pero el espíritu cansado. Y el silencio de todo lo vivido empezó a gritarle por dentro.

No volvió al cuartel. Pero los fantasmas sí volvieron con él. El alcohol siguió siendo su refugio. No pedía explicaciones. La botella no hacía preguntas. Solo borraba. Pero el vacío seguía.

Y aunque aún no lo sabía, alguien más ya lo estaba buscando. Alguien que no venía con uniforme... sino con gracia.

## El barrio donde la esperanza se esconde

Juan Sohon vive en La Trinidad, uno de los 300 asentamientos informales que hay en el departamento de la capital de Guatemala. La gran mayoría de las viviendas han sido construidas en zonas de alto riesgo. Las condiciones de vida son precarias. Hay falta de servicios básicos.

Juan debe bajar unas 200 gradas para llegar a su casa, abajo del puente El Incienso. Continúa el barranco hasta llegar al río Las Vacas, uno de los mayores desagües de aguas servidas de la Ciudad Guatemala.

Las orillas de este río han sido testigos de tragedias. Hace dos años, aguas arriba, en horas de la madrugada

11 viviendas del asentamiento “Dios es fiel” fueron arrasadas por una crecida.



### Asentamiento La Trinidad

Si alguien preguntaba por La Trinidad, la gente cambiaba de tema. La llamaban “*El hoyo*”, porque parecía que todo caía allí y no salía.

Las calles son de tierra. Cuando llueve, son de lodo. Las casas no son casas, sino cajas grandes hechas de

pedazos: lámina oxidada, cartón, plástico. Todo sostenido con clavos viejos... y resignación.

En las noches, no se escuchaban grillos. Se escuchaban gritos. Peleas, disparos, botellas rotas. La policía no entraba. Los vecinos tampoco salían.

Los niños crecían sabiendo correr antes que leer. Muchos no llegaban a los quince. Algunos se volvían soldados de pandillas. Otros simplemente desaparecían.

Juan y su familia eran muy pobres. Su casa estaba construida con cartón y nylon. Juan dormía en una cama hecha de fajas viejas de molinos de nixtamal que le regalaban, clavadas en cuatro estacas. Los hijos dormían en toneles plásticos partidos por la mitad, también clavados con cuatro estacas. En cada tonel dormían dos hijos.

Juan cortaba varas en el barranco, las partían den dos y las usaba como divisiones de los cuartos. Tenía un colchón podrido. Una cobija que olía a años. Y una botella que nunca estaba lejos. Se emborrachaba cada vez más.

No tenía luz, pero tampoco la necesitaba. Conocía su miseria de memoria.

A veces caminaba entre los callejones para juntar algo de comida: cáscaras, restos de tamal viejo, pan duro. Otras veces no caminaba. Solo se quedaba mirando el cielo, sin saber si era de noche o de desesperanza.

Vivía rodeado de otros como él. Nadie hablaba mucho. Nadie preguntaba. La soledad era ley, y la costumbre era más fuertes que el hambre.

No había iglesia cerca. Ni escuela. Solo una cantina que siempre estaba abierta, como una herida que no cierra.

Y, sin embargo, ahí, entre tanta oscuridad, Juan aún respiraba. Aún despertaba. Aún tenía un corazón latiendo por dentro, aunque no lo supiera. Era un muerto en vida. Pero aún era vida.

Y eso... bastaba para que Dios lo viera.

## La sombra del trago

Nadie nace borracho. Juan fue niño como todos. Jugaba con piedras, corría descalzo. Tenía una risa fácil y una mamá que lo quería. Pero el hambre aprieta más que el cariño, y en su casa nunca sobraba nada.

A los diez años ya trabajaba. A los catorce ya cargaba costales como hombre. A los dieciséis ya conocía el sabor del aguardiente. “Solo para calentar el cuerpo, mijo”, le dijo un tío. Y así empezó.

Primero era solo un trago. Después, dos. Después, no podía estar sobrio ni al amanecer. Lo botaron del ejército. Lo sacaron de la casa. Lo olvidaron los amigos. Él también se fue olvidando: de su nombre, de su reflejo en el espejo, de los días que pasaban sin sentido.

Dormía en la calle. A veces, en una banca. A veces, bajo un puente. Otras veces, ni dormía. Solo andaba. Con una botella en la mano y un vacío en el pecho.

Su mujer ya no lo soportaba. Una señora le aconsejó que le diera tártara, para que dejara de tomar. Un sobre, o dos o tres. Juan sacó espuma por la boca y fue a dar al hospital. A la fecha, cree que su esposa lo quiso matar.

La Trinidad está en el barranco abajo del barrio El Gallito. Una estructura criminal extorsiona a farmacias, bares, ventas de comida popular y a los pobladores.

Los Caradura dominan la venta de droga en la capital, y su centro de operaciones está en este barrio. Vigías restringen el ingreso. Los policías que ingresan son cómplices.

Juan siguió tomando licor al punto en que vivía en el basurero del mercado de ese barrio. Allí comía y dormía. Llegaba a su casa a darse un baño cada tres meses. Sus hijos lo amarraban como a una bestia para que no les pegara. Discutía con su mujer. Era tan sucio que le daban a comer en platos aparte. Juan

se resentía. Sólo permitían estar en un rincón de la casa porque se apropiaba de los pocos utensilios que tenían para venderlos y seguir tomando.

Su familia vendía elotes y frutas enfrente del Hospital General. Tenían una carreta con una pequeña parrilla de carbón para asar los elotes.

Los dos hijos de Juan, Jorge y Gerardo, cayeron en adicción de alcohol y pegamento de zapatos, que al inhalarlo los ponía “en onda”. Cuando Juan les reclamó Jorge le contestó: “Usted es mi ejemplo, papá, no me puede llamar la atención”. Juan lloró desconsoladamente al escuchar la respuesta de su hijo, pero siguió tomando

Hubo una noche —no se acuerda si fue jueves o sábado— que se tiró en una cuneta con ganas de no despertar. El cuerpo frío. El alma también. Entonces, alguien lo tocó en el hombro. —¿Estás bien? —le preguntó una voz.

Era una mujer. No bonita. No joven. Pero tenía ojos limpios. Juan no respondió. No podía. Solo la miró. Ella le dejó una *Biblia*. Vieja. Rota.

—Aquí está todo, le dijo.

Y se fue.

Juan la usó primero para taparse del frío. Después, para sentarse encima. Pero algo dentro le picaba, como una piedrita en el zapato del alma. La *Biblia* estaba ahí. Silenciosa, pero presente.

Un día, sin saber por qué, la abrió. No sabía leer. Solo la hojeó. Las letras eran garabatos para él. Pero ahí empezó todo.

Dios no le habló con voz de trueno. No bajó un ángel del cielo. Solo hubo un suspiro. Y el silencio distinto de quien empieza a escuchar con el corazón.

Enfrente del Hospital General estaba la funeraria Galindo, entre otras. Allí conocían a Juan. En una ocasión, Edgar, un empleado de la funeraria, le dijo:

—Vos Juan, ya te vas a morir. Mirate tu panza, estas amarillo, se te mira la muerte en tus ojos. Tenés cirrosis. Aquí te espero, te voy a vender tu féretro.

Un médico corroboró el diagnóstico y le dio tres meses de vida.

## Luz entre cartones

Juan dormía sobre cartones, pero no se quejaba. Había pernoctado en peores lugares. El basurero no tenía techo, pero tenía rutina. Comer lo que encontraba. Beber lo que ardía. Olvidar lo que dolía.

Esa mañana no esperaba nada nuevo. El sol apenas calentaba y ya se escuchaba la voz de siempre: un predicador callejero. De esos que se paran en la esquina con una *Biblia* en la mano y la voz rota de tanto insistir. Juan lo miró desde lejos, sin ganas de oír. Pero algo fue distinto.

No fue un trueno, ni una visión. Fue una frase simple:  
—“Cristo vino a buscar lo que se había perdido.”

Fue como si alguien hubiera encendido una vela dentro de una cueva.

El predicador se acercó. No lo juzgó. No le preguntó por su pasado.

Juan recordó la *Biblia*, vieja y usada que le dio la mujer de los ojos limpios. Se apresuró a sacarla. Las hojas olían a humedad, pero dentro había algo vivo.

Juan no sabía leer, pero no soltó ese libro. Lo abrazó como quien abraza una esperanza.

Por semanas, escuchó a otros leerla. Y repetía las palabras en voz baja, como un niño aprendiendo a hablar.

*“Porque de tal manera amó Dios al mundo...”*

*“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados...”*

Le costaba. Le dolía. Pero quería entender. Más aún: quería cambiar.

La lucha fue diaria. El cuerpo pedía alcohol. El alma pedía agua viva. A veces ganaba el cuerpo. A veces, el alma.

Una noche, bajo una lámina vieja, Juan hizo su primera oración verdadera. No fue larga. No fue elegante. Fue de tripas y de corazón.

—Señor... si es verdad que tú me amas... cámbiame. Yo no puedo solo.

No sintió fuego. No vio ángeles. Pero durmió como no dormía hacía años. Y al despertar, algo en él estaba distinto. No mejor, pero distinto.

Pocos días después, encontró al predicador otra vez.

—Quiero predicar —le dijo Juan, casi en susurro.

El hombre lo miró, sorprendido.

—¿Tú?

—Sí. Yo no sé leer, pero ya sé repetir. Y tengo algo que contar.

Desde entonces, cada palabra aprendida fue una semilla. Cada versículo memorizado, una piedra en su nuevo camino.

Y cada vez que hablaba, no era Juan solamente: era la Palabra que había encontrado luz... entre cartones.

Entonces Juan se fue a internar a la Iglesia Puerta del Cielo, en el barrio El Gallito. El pastor Meda le dio permiso de quedarse en el piso en una esquina. Se ponía a orar, pidiéndole un milagro a Dios. Los pastores lo querían, pero no lo tomaban en cuenta. Durante siete años escuchó las predicas en su rincón. Los viernes, después del servicio, le daban de comer a los ancianos; para Juan era un banquete.



1988. Juan Sohón recibe profecía de ir a predicar a las naciones.

En una ocasión llegó a la iglesia un predicador de Los Estados Unidos. En medio del culto, dijo en voz alta:  
—Un hombre que está en un rincón de esta iglesia, va a ser misionero, e irá al mundo.

Juan salió de su escondrijo y se acercó al frente a recibir la profecía. El predicador le dijo:

—Dios te va a levantar. Saldrás a predicar a las naciones. Conocerás a grandes personalidades.

La gente en la iglesia no lo tomó en serio y se burlaban de él.

Tocado por la palabra, Juan entró en un período de 40 días de ayuno y oración. Sanó de alcoholismo y sanó de cirrosis. Volvió con su familia.

Juan no sabía leer, pero miraba las letras y las entendía. Orando por sabiduría y conocimiento recibió la *Biblia*, el don de recitarla de memoria.

El pastor Romeo Guerra solía orar con su grupo en el Mapa en Relieve de la República de Guatemala, ubicado en el Hipódromo del Norte. Juan se unió a orar con ellos. Al principio lo vieron como indigente, incluso peligroso.

Comenzó a llegar a Sion, la iglesia de Guerra. Allí comenzó a participar en los cultos. Lo llamaban a recitar salmos de memoria.



Pastor Romeo Guerra y Juan Sohon.

## El hombre que no sabía leer

Juan Sohon Guarchiac nació en la finca Chocolá, Suchitepéquez, el 26 de marzo de 1945. En su niñez, estudió en una escuela en Nahualá. Los profesores se ponían a beber cusha, una bebida embriagante ilegal. Como resultado, en sexto grado de primaria Juan no sabía leer ni hablar español. Ni una sola letra sabía. Solamente conocía la lengua quiché, un dialecto de la lengua maya que se habla en Guatemala.

Lo que sabía lo había aprendido en la calle: a pelear, a sobrevivir, a callar. A los 22 años se unió con Carmen Yax Gómez. Juan la llamaba “mi mujer”. Ella le enseñó a hablar el español. Juan aprendió en forma autodidacta a leer y escribir a los 25 años. No aprendió mucho en la escuela. Pero esa *Biblia*

vieja lo seguía mirando. Como si supiera que el corazón de Juan ya no era el mismo.

Juan y su familia se mudaron a Nahualá. Su mujer tenía dos hijas de una unión anterior, Lucía y Blanca. Juan y Carmen procrearon siete hijos: Gerardo, Margarita, Jorge, Ingrid, Yeni, Aidé (+) y Gladis. Ingrid se casó con Luis Velásquez y es quien ahora lo cuida. Carmen murió en 2016.



Descendencia de Juan Sohon y su esposa Carmen Yas de Sohon.

Un día Juan se sentó en la banqueta con la *Biblia* en las manos, y lloró.

—¿Cómo voy a conocerte, Señor, ¿si no sé leer? —dijo.

Nadie respondió. Pero alguien lo escuchó.

Esa misma tarde, una señora de la iglesia lo vio con el libro en las piernas. —¿Querés que te lea algo? —preguntó. Juan solo asintió.

Le leyó un salmo. Después otro. Luego *El evangelio de Juan*. El nombre le sonó familiar. Juan leyendo a Juan. Le dio risa. Por primera vez en mucho tiempo.

La señora volvió al día siguiente. Y al otro. Juan empezó a repetir lo que escuchaba. Verso por verso. Palabra por palabra. Como si cada sílaba fuera una semilla. Y el alma, la tierra lista.

Así, sin saber leer, se aprendió el *Sermón del Monte*. Luego el *Libro de los Salmos*. Después, las *Cartas de Pablo*.

Su memoria era una esponja. Su corazón, una puerta abierta.

Le decían loco. —¿Y para qué te va a servir eso? —le decían en la calle.

Juan no respondía. Solo recitaba. A veces en voz alta. A veces en silencio.

La Palabra empezó a transformarlo. Dejó el trago. Dejó la calle. Y un día se atrevió a decir:

—Dios me llamó a predicar.

La gente se rió.

—¿Y qué vas a decir vos, si ni leer sabés?

Pero el fuego ya estaba adentro. Y cuando Dios prende una llama, no hay burla que la apague.

Juan se convirtió en una *Biblia* viviente

En un retiro, alguien se le acercó y le dijo:

—¿Cómo pudo memorizar todo eso?

Juan sonrió.

—No me lo memoricé. Me lo regalaron. Dios me lo metió aquí —y señaló su pecho—, no solo aquí —y tocó su cabeza—.

Era cierto. No recitaba. Transmitía.

A Juan le preguntaban seguido:

—¿Cómo hiciste para aprenderte toda la *Biblia*?

Él sonreía.

—No fui yo. Fue Dios.

Y así lo creía. Porque no sabía leer. Pero sabía decir: *Génesis*, *Éxodo*, *Levítico*... hasta *Apocalipsis*.

Cada madrugada se sentaba con la *Biblia* abierta. No la leía. La escuchaba. Alguien se la leía en voz alta. Y él repetía. Una, dos, veinte veces. Verso por verso. Capítulo por capítulo. La voz se le volvía eco. Y el eco, palabra viva.  
—Juan, ¿Cómo hacés para no olvidar?  
—Cuando uno ama algo, no se le olvida  
—respondía.

Lo probaban.

—Juan, decime *Hebreos 11*.

Y empezaba:

—“*Es, pues, la fe la sustancia de las cosas que se esperan...*” Y no se detenía hasta el final. Ni un tropiezo. Ni una pausa. Como si le hablara al oído el mismo Espíritu.

Un pastor lo escuchó una vez y le dijo:

—Eso no es talento. Es milagro.

Juan solo asintió.

—Dios no necesita sabios. Solo necesita vasos vacíos.

Y eso era él: Un vaso sencillo, pero rebosante de Palabra. Y dondequiera que iba, vertía un poco. Y lo que salía no eran letras. Era vida.

## Predicar sin letras

Juan no tenía púlpito. Ni traje. Ni diploma de seminario. Solo tenía una *Biblia* rota y el corazón encendido.

A veces ni eso. Solo su voz. Y bastaba.

Empezó en la plaza. Un par de bancas, tres oyentes, una voz temblorosa.

Pero cada palabra salía con fuerza.

No era Juan. Era el Espíritu.  
—“*Bienaventurados los pobres en espíritu...*” —decía, mirando al cielo. Y parecía que lo recitaba con los ojos del alma.

Entre gritos de vendedores y bocinas de carros, su voz se abría paso:

—¡Cristo salva! ¡Cristo cambia!

Los niños se acercaban. Los viejitos también. Algunos se reían. Otros

lloraban. Varios se quedaban en silencio. Nadie salía igual.



Juan Sohón en alabanza.

No usaba palabras rebuscadas. Ni teología complicada. Solo decía lo que vivía. Y lo que vivía era a Jesús.

Un hombre pasó en su carro y bajó el vidrio.

—¿De dónde lo estás leyendo?

—De aquí —y se tocó el pecho—. Lo tengo guardado.

La noticia se regó. “El analfabeto que predica la *Biblia* de memoria.” Algunos no lo creían. Otros iban solo para ver si era cierto.

Pero cuando lo escuchaban, se quedaban. Porque Juan no hablaba

bonito. Hablaba con verdad. Y la verdad, aunque duela, consuela.



Le pidieron que fuera a otras aldeas.  
Luego a otros pueblos. Subía a los buses con su *Biblia* abrazada.  
Predicaba en los mercados, en los parques, en los funerales.

## El evangelista del pueblo

La primera vez que lo invitaron a predicar en una aldea lejana, no había micrófono. Tampoco había electricidad. Solo una docena de sillas, y más gente que sillas. Juan se paró frente al árbol más grande y levantó la voz. La gente no entendía cómo, pero lo escuchaban claro, como si la voz les hablara desde adentro.

Juan predicaba en quiché. Luego en español. Luego en los dos a la vez. Donde las palabras no alcanzaban, usaba la mirada. O el silencio. Nadie se dormía en sus cultos. Era como si el cielo bajara un poco a escuchar también.

Juan memorizó la *Biblia*. No como quien aprende datos. Sino como quien guarda cartas de amor. Se sabe los

*Salmos* como si fuese canciones de cuna. El *Evangelio según San Juan* como si él lo hubiera vivido. No falla. Y cuando lo escuchan, los oyentes también creen.



Juan Sohon, camino a predicar en Chajul, Quiché.

Un día predicó en la plaza de un pueblo grande. Alguien se burló: “¡Ya viene el loco que habla solo!” Juan no se inmutó. A la media hora, el que se burló estaba llorando. Nadie le dijo nada. Solo él y Dios sabían por qué.

Juan nunca cobró un centavo por predicar. Nunca pidió ofrenda. A veces no tenía ni para el bus. Pero llegaba. Lo invitaban más por lo que no pedía, que por lo que decía. A veces lo esperaban con tamal y café. Otras, con solo un aplauso. Y él era feliz igual.



Muchas veces dormía donde podía: en el suelo, en una banca de iglesia, bajo techo prestado. Pero dondequiera que estaba, abría su *Biblia* —esa que no leía con los ojos, sino con la

memoria— y oraba. Convertía cualquier rincón en altar.



Juan no hablaba de teorías. Hablaba de su vida. Decía:  
“Yo estuve muerto y ahora vivo. Yo estuve perdido y me hallaron. Dios me rescató del basurero y ahora predico en plazas.”

Y ese testimonio rompía corazas. Porque el que ha estado en el lodo, no predica desde el mármol.

En una aldea lejana, se vino una tormenta repentina. Truenos, viento, relámpagos. Todos corrieron al templo. Juan también. Fue el día en que llovió fuego. Adentro, sin micrófono, sin luz, predicó. Al final, dijeron que no sabían

si era la lluvia o el Espíritu de Dios lo que les había empapado.

El corazón del pueblo. No todos sabían leer. Muchos tampoco sabían orar. Pero todos sabían que, si Juan llegaba, algo iba a pasar. Sanaban, lloraban, se reconciliaban. No por él. Por lo que hablaba a través de él.

## Predicando en una iglesia grande

Una vez invitaron a Juan a una iglesia grande. Luces, micrófonos, pantallas. Subió al escenario como quien sube al cielo.

Le dieron el micrófono. Él lo miró, dudando. Luego lo dejó a un lado. Y con voz firme y potente, soltó:  
—No traigo sabiduría de hombres. Solo traigo el evangelio del poder de Dios.  
—No tengo educación, pero tengo la Palabra. Y eso basta.

Y empezó a recitar la Escritura. Sin notas. Sin *slides*. Solo con el fuego interno. Sin la *Biblia* en la mano, sino en el corazón.

Era como si el cielo se abriera. Cuando terminó, hubo silencio. Luego aplausos.



Pero Juan solo dijo:  
—Aplúdanle a Cristo, que él es el que habla.



Juan Sohón predicando en la iglesia Puerta de Vida Eterna.

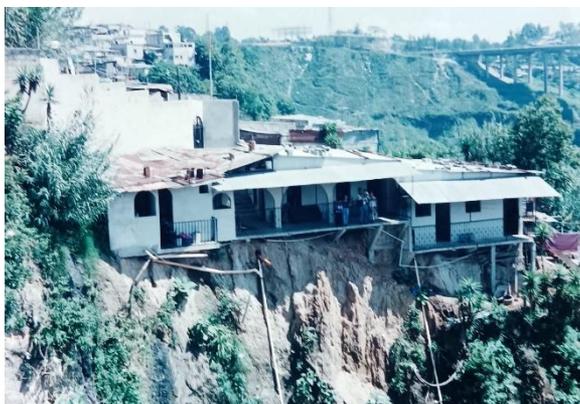
Después de esa noche, las invitaciones no pararon. Iglesias. Campañas. Radios. Incluso televisión.

Pero Juan seguía igual. Humilde. Caminando con su sombrero viejo y su paso lento. Porque no se trataba de él. Se trataba del mensaje.

Dondequiera que iba, la gente decía:  
—Ahí va el que predica de memoria.  
—Ahí va Juan Sohon, el evangelista del pueblo.

Y él, con una sonrisa sencilla, respondía:  
—Ahí va un pecador perdonado.

Juan no anda pidiendo dinero. En la iglesia Sion conoció a seis empresarios que también frecuentaban la congregación Shaddai. Visitaron a Juan en su casa. Bajaron las doscientas gradas. Juan les ofreció de comer frijoles volteados. No tenía sillas. Tres de ellos eran ingenieros. Dios conmovió su corazón. Se dieron a la tarea de transformar la covacha de Juan en una casa de tres plataformas en la ladera del barranco.



Casa de Juan Sohón.

En una ocasión, Juan soñó que dos personas iban a hacerle daño a otro hombre de negocios que asistía a Shaddai. Juan les puyó los ojos en el sueño. A las dos semanas, unos sujetos le dispararon al empresario en la garita de la entrada de su finca. No sufrió daño alguno.

El hijo de otro empresario de la misma iglesia, se fue a estudiar a Estados Unidos. Cayó en drogas y satanismo; prendía una luz roja en su habitación para que pareciera sangre. Juan lo liberó, de la misma forma en que ha liberado a muchos endemoniados.

## Evangelista internacional

Juan nunca pensó en salir del país. No tenía visa, ni sabía cómo sacar una.

El predicador Harold Caballeros de iglesia Shaddai, lo escuchó recitar los *Salmos* de memoria, y dijo:  
—Ese hombre tiene acompañarme en mis viajes evangelizadores.



Aeropuerto José Martí, La Habana, Cuba

Al poco tiempo, Juan recibió una carta y un boleto de avión para ir a Cuba.

Dios abre puertas donde no hay muros ni aduanas.

Nunca había subido a un avión. Le temblaban las piernas más que en el púlpito.

Le dieron jugo de manzana y pensó que era vino. Pero cuando aterrizó, oró en voz baja:

—Gracias, Señor. Si tú me trajiste hasta aquí, también me vas a usar.



Juan Sohon en Costa Rica

El Espíritu no necesita traductor. Juan no hablaba inglés. Solo lo justo para

decir “Amen” y “Hallelujah”. Pero cuando predicaba, el mensaje llegaba igual.

—No entiendo cómo, pero entendí todo

—le dijo un joven llorando.

Juan sonrió.

—El Espíritu traduce mejor que cualquier persona.



Juan Sohón predicando en Cuba

Caballeros llevó a Juan Sohón en misiones a diferentes países.

A sus prédicas le seguía Juan recitando pasajes de la *Biblia* de memoria, que emocionaban a los asistentes.

Muchas personas se convertían en medio de estos eventos. Así se cumplió la profecía que recibió Juan de evangelizar al mundo.

Visitó catorce naciones.



Juan Sohón en Austin, Texas.

Antes de entrar a Cuba, un ángel se le apareció y lo previno:  
—Vas a perderlo todo.

Antes de entrar al hotel Neptuno, dos mujeres se le acercaron. Querían entrar con él: le ofrecieron sexo por un dólar. Juan recordó al ángel y para alejarlas, les dijo que venía con su esposa.



Juan Sohon en México.

Juan predicó en Los Ángeles, donde finalmente se casó con Carmen su compañera.

La boda se celebró en Corpus Christi, en el mismo lugar donde se casó la actriz Selena.



Juan Sohón y su esposa Carmen Yas de Sohón en Nueva York.

En Barcelona, buscando donde dormir, se quedó en REMAR, una institución de apoyo social. Lo recibió Miguel Díaz, el director. Era un refugio con 150 drogadictos, todos con sida. Había muchos zancudos y Juan creía que lo iban a contagiar. Se hizo exámenes de sangre una y otra vez.

Predicó en una iglesia grande. Todos iban bien vestidos. Los hombres, con corbatas finas. Palabras elegantes. Juan llegó con su pantalón sencillo y su *Biblia* sin tapas. Pero cuando habló, las personas con trajes caros empezaron a llorar.



Juan Sohón

Del basurero al altar del mundo.  
Donde Juan hablaba, el testimonio de  
su vida tocaba más que cualquier  
teología. No era famoso, pero sí  
conocido en el cielo.

Una *Biblia*, mil pulpitos.

Solo decía:  
—Aquí estoy, Señor. Úsame.  
Y el Señor lo usaba.

Con su voz ronca, su quiché  
mezclado con español, y ese fuego que  
solo traen los redimidos.

## Las veces que la muerte pasó de largo

En múltiples ocasiones la muerte rozó a Juan Sohón, sin llevárselo. Su vida fue salvada —una y otra vez— con un propósito mayor. Juan nunca fue amigo de la muerte. Pero la conoció de cerca. Demasiado cerca.

Cuando era apenas un niño, cayó a un pozo mientras jugaba en la finca. No sabía nadar. El agua le tapó la cabeza. Pero un hermano mayor lo sacó de un brazo, justo antes del último trago. Tosió barro durante dos días. Vivió.

En otra ocasión se subió a un camión en movimiento para robar unas piñas. Resbaló. Cayó bajo las llantas. Pero rodó a tiempo. El camión siguió. Él se quedó en la cuneta, sin un raspón. Vivió.

En el ejército, cayeron en una emboscada. Balas por todas partes. Su mejor amigo cayó junto a él, muerto. Juan salió ileso. No supo cómo. Vivió.

Estando en una cantina, una prostituta le quebró un litro de cerveza en la cabeza, rompiéndosela. Lo dieron por muerto. Lo tiraron en una cuneta cerca del Cerro del Carmen. Estuvo dos meses hospitalizado.

En otra oportunidad, Juan tuvo una discusión con una mujer en la cocina de casa presidencial. Disputaron por un cuchillo, jalando cada uno por su lado. La mujer lo soltó y Juan se lo ensartó arriba de los testículos. Estuvo un mes convaleciendo en el Hospital Militar.

Debajo de la casa de Juan hay un barranco pronunciado que da al río Las Vacas. Juan chepeaba el terreno cada cierto tiempo para alejar las ratas. Bajaba amarrado con un lazo. En una ocasión, Dios le dijo que usara un segundo lazo. No hizo caso y cayó al barranco. Se abrió la cabeza, se le veía todo. Los bomberos no quisieron bajar. Lo dieron por muerto. Su yerno y dos amigos lo sacaron. Le dieron 32 puntadas para cerrarle la herida.

En sus borracheras, Juan se refugiaba en el basurero de El Gallito. Se quedó dormido bajo la lluvia. Al despertar, había un vidrio roto cerca de su cuello. No recordaba cómo llegó ahí. Solo sabía que seguía respirando. Vivió.

Varios días después, lo encañonaron. Un muchacho le apuntó a la frente. Juan no dijo nada. Solo cerró los ojos. —No es él —gritó alguien.

El muchacho bajó el arma y se fue. Vivió.

Ya hablamos de la cirrosis. Años después, a Juan se le reventó la vesícula. La bilis y las bacterias cayeron en la cavidad abdominal, provocándole septicemia. Estuvo tres días internado en la unidad intensiva de un hospital. Siguieron tres meses de convalecencia. Vivió.

Después, perdió la cuenta de las veces que la muerte pasó de largo. Pero siempre sintió que algo lo sostenía. O alguien. No era suerte. No era destino. Era gracia.

Dios lo fue librando, una y otra vez, cuando ni siquiera quería vivir. Y ahora,

al mirar hacia atrás, entendía: la muerte  
no se lo llevó porque aún no había  
empezado a vivir de verdad.

## El siervo fiel

A otros les llegó la jubilación. A Juan, nunca. No se retiró. Decía:

—Dios no me salvó para sentarme, sino para caminar.

Y seguía predicando. Con poco de sordera, menos fuerza en la voz, pero más fuego en el alma.

Las cicatrices de la fe quedaron. La cirrosis nunca se fue del todo. Su cuerpo se fue debilitando. Pero ni el dolor ni el cansancio lo detuvieron.

—Si el cuerpo se quiebra, que se quiebre sirviendo —decía—.

Y así lo hizo. Y lo hará hasta el último sermón.

Su púlpito es invisible. Ya no puede viajar. Entonces, el púlpito llegó a él.

La gente lo busca: pastores, jóvenes, matrimonios rotos.

Les predica desde su silla. Y aun sentado, sigue levantando almas.



Juan Sohón

Lo que sembró, floreció. Muchos de los que se burlaron de él, terminaron predicando. Niños que lo escucharon, hoy son pastores. Él decía poco de sí mismo. Pero otros contaban lo que Dios había hecho a través de él.

No tuvo títulos. No tiene dinero. Pero dejó testimonio. Y eso vale más que oro.

Porque cuando el Señor lo reciba, no lo hará con aplausos. Lo hará con una frase que vale toda una vida:

—Bien, buen siervo y fiel...

Y Juan le contestará:

—Gracias, Señor. Me sacaste del basurero... y me diste tu Palabra.

## Epílogo – El eco de una vida

Juan Sohon creció en un entorno complicado, marcado por la pobreza y la falta de oportunidades. Durante su juventud, cayó en el alcoholismo, lo cual marcó profundamente su vida.

En un momento crítico, experimentó una transformación radical que lo llevó a dejar el alcohol y consagrarse a predicar la Palabra de Dios. Este giro en su vida fue tan profundo que lo convirtió en un evangelista destacado en Guatemala.

Sohon ha dedicado décadas a predicar, principalmente en plazas públicas, cárceles y comunidades marginadas. Su estilo directo y apasionado lo ha hecho conocido y respetado por muchos.

Su testimonio se centra en la restauración, el arrepentimiento y la esperanza. A menudo, comparte su historia personal como herramienta para inspirar a otros a cambiar sus vidas. Juan se dedica a la oración. Ora siete horas diarias.

En el mundo cristiano, hay personas que Dios las usa y pasan desapercibidas. Es interesante que quede escrito para que las generaciones se enteren. Dios lo sacó de un basurero, alcohólico y con cirrosis. No sabía leer ni hablar español. Ahora es un evangelista internacional. Recita la *Biblia* de memoria. Dios, al que escoge, no lo suelta.

Juan Sohon era un hombre común. Dejó de serlo cuando creyó. Fue un milagro caminando. No se formó en seminarios. Se formó en el fuego de la vida.

Dios lo tomó desde el polvo y lo usó como trompeta en pueblos y naciones. Y aunque su historia parece increíble, es verdadera. Porque así es Dios:

Elige lo necio para avergonzar a lo sabio. Elige lo débil para mostrar su fuerza.

Juan vivió predicando. Y morirá  
creyendo.

Hoy su voz no se escucha en plazas,  
pero su eco vive en cada alma que fue  
tocada, en cada versículo que aún se  
recita, en cada vida que cambió.

Porque un día, un hombre que no  
sabía leer, les habló con la voz del cielo.

“Si Juan Sohon pudo... ¿Qué te lo  
impide a ti?”

## Nota del autor

Esta historia está basada en hechos reales. Los nombres, fechas y lugares han sido respetados, pero más importante aún: el espíritu de la vida de Juan Sohon.

No he intentado adornar su historia, porque ella sola brilla más que cualquier adorno. Solo he querido conservarla, como se guarda una llama: con cuidado, con gratitud, con reverencia.

Clamo a Dios que este testimonio inspire a muchos. A creer, a servir, a levantarse. Porque si Dios usó a Juan, puede usar a cualquiera.

## Dedicatoria final

A los que piensan que no valen nada.  
A los que creen que ya es tarde.  
A los que han caído muchas veces.

Que la historia de Juan Sohon les  
recuerde esto:

Dios no escoge a los preparados.  
Prepara a los que escoge.